

Del 13-M al 15-M

Víctor F. Sampedro Blanco *
 José Manuel Sánchez Duarte **

En una democracia representativa la campaña electoral es la antesala del voto. El valor del sufragio depende del debate público que le precede. Una campaña abierta, plural y competitiva garantiza el voto libre y soberano. En las Elecciones Generales de 2004 y en las elecciones locales y autonómicas de 2011, los actos electorales fueron desplazados por la ciudadanía que tomó las calles y plazas del estado. En ambas ocasiones, la campaña de los votantes cuestionó y apagó la de los candidatos. Las jornadas de reflexión cobraron una dimensión colectiva y deliberativa, en contra de las prohibiciones de la Junta Electoral; rebasada ya tres veces por las cibern multitududes. Pero, ¿quiénes son las cibern multitududes del 13-M y el 15-M? ¿Qué papel podrían jugar?

Ni partidistas, ni espontáneos

Los medios de comunicación y los políticos han malentendido el movimiento 15-M como una maniobra partidaria, un hecho «excepcional» (transitorio), «espontáneo» (sin causas ni autoría). Son explicaciones reduccionistas y rebatibles. Los «indignados» no ligaban su protesta al resultado electoral, ni sus propuestas al programa de las candidaturas. Al contrario, identificaban estas expresiones políticas como imperfectas y limitadas. Criticaban que la participación popular se limita-

* Catedrático de Comunicación Política y Opinión Pública (URJC).

** Profesor de Comunicación Política y Opinión Pública (URJC).

se al sufragio episódico y a apariciones anecdóticas en los medios. Cuestionaban las mordazas, cuando no el propio sistema, de representación democrática.

Las similitudes de este proceso con el 13-M son evidentes. La movilización del 2004, inusitada hasta entonces en una democracia, respondía al colapso del sistema político e informativo que venía fraguándose en la última legislatura del PP (2000-2004)¹. No se trató de un acontecimiento gestado desde la sede de ningún partido, ni de un hecho surgido en pocas horas de la nada. Durante los cuatro años de mayoría absoluta del PP tuvo lugar una movilización ciudadana sin precedentes iniciada en el ámbito universitario (LOU), trasladada al ambiental (Prestige) y que culminó en las manifestaciones antibelicistas. Estos temas apenas reportaron costes electorales al PP, ni en el nivel municipal ni en el autonómico, gracias al férreo control de la agenda mediática ejercido por el Gobierno de José María Aznar.

El 15-M tampoco ha sido algo espontáneo. No lo lideran jóvenes ingenuos ni lo manejan activistas

radicales. No se ha gestado desde las maquinarias de los partidos. Los referentes de los acampados no eran las batallas en la clandestinidad, ni los héroes oficiales de la transición. El 15-M llegó a las plazas por la confluencia de redes de activistas sociales muy movilizadas (al menos, el núcleo inicial) y otras redes más difusas (y extensas) generadas en ámbitos digitales. Ambas se entremezclan, se confunden. Como señalaba un *hacktivista* en la Puerta del Sol, con el **No a la Guerra** aprendieron a salir a la calle. Con el **13-M** de 2004 descubrieron la potencia del enjambre de nodos en red. Con **V de Vivienda** confirmaron su capacidad de convocar a los demás. Y con el **15-M** han demostrado su potencia para auto-convocarse y recabar apoyos sin fronteras. Autonomía para desobedecer, movilizarse... extenderse.

Esta secuencia está precedida de los movimientos sociales de base, que ocuparon las calles en nombre de la insumisión, el 0'7%, la abolición de la deuda externa o el «Nunca Más». Es un flujo de desobediencia civil que se materializa, casi cada cinco años, desde hace dos décadas. Y que por sí misma manifiesta los costes que conlleva la participación no partidaria en España. Además, el 15-M cristalizó otra cadena de sucesos

¹ SAMPEDRO, VÍCTOR (Ed.) (2005), *13-M. Multitudes on-line*, Madrid: Ed. Libros de la Catarata. Descargable en su totalidad en www.victorsampedro.net.

más recientes. La oposición a la ley Sinde abrió la estructura de oportunidad política. El apoyo de miles de jóvenes de todo el mundo a Wikileaks y las revoluciones árabes de jazmín fomentaron nuevas formas de acción política en el ciberespacio. ¿Por qué no practicarlas, aquí y ahora?

Del 13-M al 15-M.

Militancia (neo)conservadora, encapsulamiento digital y burocratización partidaria

En el 15-M, la lógica de Internet se ha llevado a la vía pública; de ahí que quienes desconocen la primera no entiendan lo que ocurre. Nosotros tampoco, pero sí constatamos que las prácticas en la Red (autoconvocarse, deliberar en foros, consumir contrainformación, tejer redes afectivas y efectivas, generar y operar en esferas públicas periféricas y digitales) se han hecho tangibles. Los rasgos de la comunicación digital –cooperación, instantaneidad, realimentación, horizontalidad, descentralización, flexibilidad, dinamismo o interconexión– se han hecho presentes en asambleas y acampadas. Frente a la comunicación 1+1 (a través de los dispositivos móviles en el 13-M) se ha pasado a un nuevo modelo 1+100 (gracias a la redes sociales) amplificando los

mensajes y las acciones, imprimiendo mayor dinamismo y proyección internacional al proceso.

¿Pero qué había pasado en los siete años transcurridos entre 2004 y 2011? En el libro *Cibercampaña: cauces y diques para la participación. Las Elecciones Generales de 2008 y su proyección tecnopolítica*²; identificamos que a partir del 13-M las prácticas políticas en la Red se caracterizaron por la derechización de los usuarios, por el encapsulamiento del ciberactivismo en cuestiones de su propia esfera, la digital, y por la burocratización partidaria de la cibercampaña.

Los (neo)conservadores se hicieron muy presentes sobre todo en la legislatura 2004-2008. El ciclo de movilización, opuesto en intenciones y parámetros comunicativos al 13-M, marcó como objetivo político el desgaste del Gobierno de Zapatero en torno a temas políticos (la «teoría de la conspiración» sobre el 11-M, la negociación gubernamen-

² Libro que analiza 2.000 cuestionarios y ocho grupos de discusión, editado en Madrid por la Editorial Complutense, 2011. Disponibles algunos capítulos en www.victorsampedro.net y las bases de datos en www.ciberdemocracia.net. Véase también SAMPEDRO, V. (2008), *Medios y elecciones 2004; Televisión y Urnas 2004: Campaña Electoral* (2 vols.), Ed. Universitaria Ramón Areces, Madrid.

tal con ETA), sociales (las leyes de matrimonio homosexual o el aborto) y nacionalistas (unidad de España, archivo de Salamanca). No cabe duda de que un nuevo sector activista supo introducir una cultura política conservadora en las jóvenes generaciones cibermilitantes. Su éxito, en términos mediáticos y políticos, ha sido mayor que otros movimientos de signo contrario como el de la vivienda.

En cuanto al «encapsulamiento progresivo del ciberactivismo en su propia esfera «digital», los datos que recogemos en el libro antes señalado mostraban cómo desde el 13-M de 2004 hasta los siguientes comicios de 2008, las cibermultitudes habían renunciado a formular reivindicaciones estructurales. El 13-M dejaron claro que el sistema político-informativo no denunciaba la mentira, siquiera antes de unas elecciones. Y en las anteriores elecciones municipales V. de Vivienda clamaba que el sistema económico ni siquiera garantizaba el derecho a techo. Pero en las Generales de 2008 los cibernautas se preocupaban, sobre todo del «canon digital». Nos equivocábamos en varios capítulos de aquel libro cuando recelábamos de una *multitud virtual*, con las connotaciones negativas del término (limitada a las pantallas, «ilusoria»...). Pensábamos que los ciberactivistas sólo

se resistirían ya a los intentos estatales y corporativos de acabar con la libertad de Internet.

Pero los indignados confirman el cisma creciente que en 2008 existía entre unos (al menos) 350.000 usuarios intensivos de la política digital (que identificábamos en aquel libro), y los instrumentos de participación que ofrecían los políticos y los periodistas. Cuanta más tecnopolítica desplegaba un ciudadano, más crítico se mostraba con la cibercampaña oficial y los intentos partidistas por burocratizarla. Los cibervoluntarios del PSOE y el PP, por ejemplo, denunciaban que sólo se les había utilizado para reventar foros hostiles bajo identidades falsas o, aún peor, para manipular las encuestas digitales sobre el ganador de los debates televisivos. Es decir, para degradar aún más la campaña.

Esta primavera de 2011, la tecnopolítica digital no sólo ha sido simbólica, expresiva, monopolizada por sectores (neo)conservadores o limitada a demandas relacionadas con la Red. Quizás porque en los últimos años Internet ya era la plaza. O lo que es lo mismo, la diferencia entre *on-line* y *off-line* ha ido perdiendo (parte de) sentido. Surgen y se consolidan prácticas híbridas que rompen la división tradicional (cada vez más caduca) de lo «real» y lo «virtual».

De ocupar las calles a tomar las plazas. Reapropiación de espacios y discursos

Una de las críticas más extendidas al 13-M es que se centró en resaltar su carácter pasajero (jornada de reflexión) y que fue excesivamente limitado (a elecciones generales). Siete años después, quizá el 15-M haya pretendido no sólo ocupar las calles cuando no estaba permitido, introduciendo mensajes no oficiales, sino también permanecer en ellas y tomar las plazas para la deliberación pública.

El movimiento 15-M supone una doble reapropiación: del espacio público y del discursivo. Las acampadas rompen las lógicas comercial y mercantilista, que limitan el uso de las calles y plazas al intercambio de bienes y servicios. Tras una semana de acampada, la mayor crítica provenía de los comerciantes y hoteleros cuyo nivel de negocios había descendido. Y es que, tras sucesivas reformas, la Plaza del Sol, como tantas otras, era un «no-lugar»: un espacio de paso, sin bancos ni árboles, donde conversar o encontrarse resultaba casi imposible. Tomar las plazas no pretendía sólo visibilizar determinadas demandas. Implicaba detenerse y habitar los espacios colonizados por el tráfico y el capital.

De la misma manera y en paralelo, las asambleas en espacios públicos que, en el momento de escribir este texto, quieren sustituir a las acampadas persiguen recuperar espacio discursivo. Frente a la voz de la ciudadanía, limitada a expresión electoral o formatos mediáticos sensacionalistas y populistas, ahora se quieren recuperar la implicación y el compromiso de la deliberación democrática. Nunca antes se había realizado tanta pedagogía política sobre el funcionamiento de la Ley Electoral y el valor del voto, entendido como parte de un proceso y un resorte de empoderamiento y contrapoder ciudadano.

La respuesta de los políticos y periodistas partió, como no podía ser de otro modo, de la ilegalidad. Los convocados rebatieron que «La voz del pueblo no es ilegal» y «Sin nosotros no sois nada». Dicho de otra forma: el 15-M normalizó la desobediencia civil no-violenta a través de una ilegalidad compartida, discursiva y creativa... Y, sin embargo, leal con la democracia. Algo que no se puede afirmar de bastantes «representantes políticos» a quienes se les ha gritado: «Somos vuestros jefes, os haremos un ERE». El 15-M podría suponer la inclusión plena en la democracia española de varias generaciones y prácticas militan-

tes, heredadas y renovadas. Hasta ahora invisibilizadas, vuelven a confluír, para de modo no convencional dotar de sentido al voto. Un significado abierto, nunca cerrado. Un contrato en constante revisión. Una democracia viva, vivida, nunca concedida, ni regalada. Pero surgen dos cuestiones acuciantes. ¿El 15M será capaz de avanzar propuestas y procesos de regeneración democrática? ¿Qué harán «los profesionales» de la política y la información?

No es fácil que las redes activistas y los nuevos ciudadanos gestados en Internet superen sus limitaciones y problemas de encaje mutuo. Son muy débiles por separado. Pero cuando suman fuerzas cobran forma de extraordinario contrapoder. El paso de las protestas a las propuestas será clave. Cómo se formulen las demandas y cómo sean gestionadas marcarán nuestro futuro inmediato, en lo social y en lo institucional.

Se enfatizan los problemas que tal grado de movilización pueda provocar. Se señala el riesgo de infantilismo expresivo (es más fácil hacer un vídeo para Youtube que una reforma legal) que desembocaría en un «ciudadanismo» vacío y sin mordiente. Se alerta sobre las posibles derivas «antisistema». Pero entre estas últimas nunca se incluye la más evidente: la *berlus-*

conización. Claro, no afecta tanto al pueblo como a sus supuestos representantes.

El 22-M quienes realmente ganaron las elecciones fueron las tramas conspirativas del 11-M y de la Gürtel. Su indisimulada ansia de poder y el antagonismo con que enfrentaron el 15-M mientras celebraban su triunfo («Esto es democracia y no lo de Sol») dan base a los peores augurios. Podríamos, así, encontrarnos dentro de poco con una sociedad civil muy movilizad, pero también acosada por tramas fraudulentas que controlan el juego electoral. Tal divorcio sólo traería más «pseudocracia», defendida con «securocracia». La mentira política se defiende con el recorte de libertades civiles y garantías democráticas. A golpe de porra y de talonario. «Les pagué para que no se prostituyeran», dijo Berlusconi de sus velinas menores de edad. Las elites podrían llegar a decirlo abiertamente de los periodistas (les financio para que no parezcan mi gabinete de prensa) y de los políticos (ídem, para que no parezcan mis valedores). Y la involución se justificaría con el miedo infundido a los enemigos internos (antisistemas, terroristas, extranjeros...) ³.

³ SAMPEDRO, V. (2011), «Wikileaks. La revolución está siendo televisada», en *Razón y Fe*, n.º 1.348, febrero.

Sería un desenlace paradójico, y no por ello menos trágico. Porque ya aguantamos suficientes mordazas y medias verdades en la transición. Porque el 15-M dio respuesta cumplida a los «héroes de la traición» que entronizaba Javier Cercas en su libro sobre el 23F. Frente a tanta miseria ensalzada, los jóvenes han afirmado la fuerza de los ideales y exigido una política con valores. Y porque, finalmente, se ha vuelto a escuchar la voz de los sin miedo. «Sin techo, sin curro, sin pensión, sin miedo».

En resumen, al menos por ahora

Desde la Red se han innovado y acelerado los modos de intervención cívica en campaña electoral; precisamente, para garantizar su legitimidad. El 13-M de 2004 las ci-

bermultitudes se rebelaron ante mentiras tan graves que, de no haber sido denunciadas por nadie, habrían invalidado el resultado electoral. Fue una deliberación celérica y desde abajo, que desde la periferia salvó la línea de flotación del sistema de representación político-mediática. Luego las teorías conspirativas del 11-M degradaron la esfera pública española hasta generar una «pseudocracia» (gobierno de la mentira, *pseudo*, en griego), donde todo puede afirmarse sin probar nada⁴. Por fin, el 15-M ha venido a elevar el techo de la democracia: las redes sociales han convertido el «Pásalo» de los SMS en «Hazla». ¿Hacer qué? Más democracia, (r)evolucionarla. ■

⁴ SAMPEDRO, V. (2009), «Conspiración y pseudocracia. O la esfera pública a cinco años del colapso del 11-M», en *Viento Sur*, n.º 103.